

que, como es sabido, dio resultados, en cuanto a poesía se refiere, muy inferiores a los de la gran poesía española de los siglos XVI y XVII.

De ahí que la antología de la *Poesía hispanoamericana colonial* sea tan oportuna, pues De la Campa y Chang-Rodríguez vienen a recordarnos que de este viaje de ida y vuelta de la palabra poética en lengua castellana, resurgió fortalecida nuestra literatura peninsular y, a la vez, plantó en el nuevo continente la semilla cuyos frutos mejores sería la poesía latinoamericana de fines del siglo XIX y lo que ya ha transcurrido del XX, y de la poesía española de este mismo lapso de tiempo.

El colono tenía que construir sobre las ruinas de aquella cultura que le parecía tan ajena un nuevo orden de pensamiento político, estético y religioso, pues los españoles recién llegados al otro continente no eran tan torpes como para no darse cuenta de que la mejor forma de convertir a aquellos «salvajes» a los cánones europeos, era imprescindible entenderlos, analizar sus costumbres y hacerles comprender en lo posible, que estaban equivocados para así no tener que exterminar a demasiados seres humanos; acción que por mucho que se quisiera justificar no era sino un acto anticristiano de barbarismo y crueldad, lo cual estaba bien claro en las mentes más adelantadas de la época. Y sería así que un impulso investigador, analítico y de construcción se fomentaría espontáneamente entre los clérigos españoles trasladados a América, adelantando de este modo la actitud científica de la antropología europea del siglo XVIII.

Pero esta relación entre historia y creación sería demasiado sencilla si no se tuviera en cuenta precisamente que el gran sueño del poeta es el de liberarse de la historia, el de salirse del tiempo. Y sin embargo, el tiempo, la historia, resuenan siempre en su canción como un horizonte de oscuros pájaros de presa que voraces vienen a destripar el hermoso y multicolor pájaro del canto. Esta tensión entre historia y poesía, entre poesía de la historia e historia de la poesía, está magníficamente recogida en la antología de De la Campa y Chang-Rodríguez. Es oportuno aclarar aquí que la antología de *Poesía hispanoamericana colonial* que estamos comentando, incluye una selección de poesía precolombina (maya, náhuatl y quechua) además de los tres capítulos dedicados a la poesía colonial que abarcan textos escritos entre 1492 y 1808.

Dos momentos dentro de lo que fue la poesía hispanoamericana durante la colonia parecen reflejar y ser el paradigma de la amenazante Historia: el de *La Araucana* de Ercilla y el de *El primer sueño* de Sor Juana. La historia se hacía mito en el ciudadano español justamente asimilado por el mundo nuevo de América; en los versos barrocos de la monja criolla, la razón se hacía ensoñación y el pensamiento ensimismado se desprendía de la historia o más bien, se hacía el sueño de la historia.

Mito y ensoñación fueron dos de las líneas que seguiría la literatura toda de Latinoamérica; otra línea vendría a ser la de la sátira, la parodia, la mueca y la máscara del modelo peninsular, de lo cual surgiría una literatura riquísima y que después

llevada esta actitud a su extremo serviría para dismantelar, criticar, fragmentar y remozar el edificio mastodonte y anquilosado de la literatura española del siglo XVIII y XIX. Estas tres actitudes, y sobre todo la de la poesía crítica, crearán un nuevo modelo para la producción literaria de la península, y lo que había sido originalmente colonias se hacían ahora responsable de crear un diálogo con los colonizadores del cual resultaría la brillante posición que hoy goza la literatura hispanoamericana.

Como en todo proceso de imitación, el modelo original se deforma a tal punto que emerge un producto nuevo sin que ese hubiera sido necesariamente el propósito. Esto mismo ocurrió con la poesía escrita en castellano durante el período colonial. De igual modo, la imitación es ya la teatralización de lo imitado. Y es precisamente este sentido teatral que posee la estética colonial lo que marcará la literatura hispanoamericana de aquel período y la posterior. Así lo señalan los compiladores de esta antología en su introducción:

Junto con las mascaradas, los desfiles y los autos de fe, los certámenes ocupaban un lugar importante entre los espectáculos coloniales. A pesar de sus limitaciones, fueron actividad clave en el desarrollo de la vida literaria y cultural durante los tres siglos de dominación española.

Lo que se deduce de una lectura de los textos recogidos en esta antología, es que el escritor hispanoamericano, desde sus inicios, se encuentra en una continua búsqueda angustiada de su identidad. La ansiedad que en los poetas de la colonia hay por igualar sus modelos y, al mismo tiempo, intentar superarlos, caracteriza en parte la poesía colonial hispanoamericana. La lucha por legitimar una identidad hispanoamericana no se fundamenta en una mirada nostálgica hacia un pasado indígena destruido, ni hacia un futuro liberador, sino que se funda en una gran incertidumbre ante un presente que les pertenecía y a la vez les era ajeno.

La triste herencia del colono no era la de una tradición en ruinas y la de una historia remota que les venía del otro lado del océano, sino la de un destino inestable marcado por unas metas confusas, sin límites claros, y en el cual pasado, presente y futuro nunca dejaron de serles postizos. Muy diferente sería la actitud del país vecino, los EE. UU., que al fundar un mito de progreso y democracia, y la idea de una nación joven predestinada a ser un país dominante en el futuro, partía de una ciega fe en que el éxito era la clara meta hacia la cual se dirigían todos sus esfuerzos. Hispanoamérica nunca dejó de vivir en el ámbito del mito ancestral y bicéfalo: el del catolicismo español y el del indigenismo autóctono. EE. UU. destruyó todos los mitos del pasado y sin embargo creó uno nuevo: el mito del progreso.

La antología de los profesores De la Campa y Chang-Rodríguez está elaborada con rigor y los textos han sido escogidos no solamente con un sentido crítico sino también con gran acierto estético. El hecho de haber incluido en esta antología algunos poemas anteriores a la colonia (recuperados por los colonizadores), ilustra mejor

la actitud de curiosidad y de extrañeza que pudo producir el mundo y la civilización indígena en los colonos peninsulares. Tanto las notas introductorias a cada poeta, como la bibliografía y las notas a pie de página, son tremendamente prácticas para cualquier profesor que quiera dar un curso panorámico de la poesía hispanoamericana colonial.

Dionisio Cañas

El dolor y el gozo de la autocreación

En este trabajo de Rafael Argullol* se configura una visión de lo romántico como una poética esencialmente heroico-trágica en la cual confluyen la exaltación de una subjetividad titánica y la crítica desolada del rumbo adquirido por la civilización occidental.

El autor aventura la hipótesis de que el alma trágica es siempre la dialéctica entre el anhelo de lo divino y la desgarrada percepción de la imposibilidad, entre la búsqueda de lo universal y el sentido de lo fragmentado, entre el Héroe y el Único, como él mismo dice.

Los cincuenta capítulos del presente ensayo pueden agruparse en tres apartados fundamentales. En el primero, el autor trata de resumir las coordenadas en las que germina la «nueva sensibilidad», en contradicción con las restantes opciones civilizatorias de su época. En el segundo, que es considerado la médula de todo el trabajo, Argullol lleva a cabo un estudio de los que considera más genuinos artífices de la poesía trágica del Romanticismo Hölderlin, Keats y Leopardi, y a través de ellos, busca desentrañar los elementos esenciales del «alma romántica».

Finalmente, en el tercer apartado, intenta mostrar, en el contraste de los caminos romántico y postromántico, cómo alrededor de los elementos «trágico-heroicos» se vertebra una auténtica concepción del mundo, imprescindible para la comprensión del hombre contemporáneo.

«Me he desentendido bastante —dice Rafael Argullol— del Romanticismo como movimiento o período. Por el contrario, he centrado mi atención en lo romántico como actitud, como visión del mundo, como conducta intelectual y vital. Al considerarlo una concepción trágica de la vida, me ha parecido necesario vincular la mente romántica con sus grandes antecedentes trágicos, al helénico y al renacentista. Y

* El héroe y el único, *Taurus, Madrid, 1985.*

ello en la creencia de que hay un hilo trágico alrededor del cual se vertebran las representaciones artísticas de la tragicidad de la existencia.»

En *El Héroe y el Único*, se destaca como apreciación importante, el que antes de Dante y Petrarca, el Yo yace enquistado bajo la fortaleza de una ontología tiránica, pero consoladora; después de Galileo y Shakespeare, transcurrida su gran aventura de autorreconocimiento, su agotada vitalidad deberá perderse en los distintos caminos del empirismo, del racionalismo y de la restauración de la metafísica tradicional. «Entre ambos momentos —concluye Argullol—, el hombre, ya hombre moderno, por primera vez ha alcanzado a ver, con una fecundísima mezcla de fascinación y terror, la verdadera dimensión de su soledad y de su poder».

Es a partir de mediados del siglo XVIII cuando en casi toda Europa se han creado las condiciones para que emerja una «sensibilidad nueva», y el resurgimiento del Yo está en el centro de esa sensibilidad. «El artista genial —señala Argullol—, adquiere la clara conciencia de su total independencia de las reglas y de las normas. Un arte que deberá basarse no en la imitación, sino en la inspiración, deja de considerar la realidad exterior como el único modelo digno de reproducir y se vuelca, en busca de materia prima, hacia la única fuente que le merece credibilidad: su interioridad, su Yo».

Radical reconocimiento del Yo

El Héroe y el Único apunta a Hölderlin como consumidor del radical reconocimiento del Yo en su *Hyperion*, cuando Alabanda exclama: «Siento en mí una vida que ningún dios ha creado, que ningún mortal ha engendrado. Creo que somos por nosotros mismos». También destaca la posibilidad de una mutua influencia entre los dos pensamientos de Hölderlin y Hegel, ya que ambos empiezan su recorrido intelectual con un doble entusiasmo por Kant y Schiller, después de dejar un poco al margen a su primer filósofo, Klopstock. «Ambos —escribe Argullol—, reciben el impacto de la Revolución Francesa y de la enseñanzas de Fichte; ambos se apasionan con los griegos y los sienten como algo decisivo para el porvenir del espíritu, y ambos, finalmente, se sienten insatisfechos por el «cul de sac» en que se ve aprisionado el Yo Absoluto».

Hölderlin comenzó muy pronto la lectura de Platón y, de su entusiasmo por él, deja constancia en sus años mozos en su «Griechenland». También la idea platónica de la belleza y del Amor, tomada por Hölderlin del «Fedro» y del «Banquete» quedan reflejados en muchos poemas de aquella época.

«Hölderlin nunca reniega de Platón —dice Argullol—. Pero, tal vez en mayor medida que en el ya de por sí considerable subjetivismo interpretativo romántico, la lectura holderliniana de Platón es personalísima y mucho más poética que filológica».

«Tras Platón —añade—, pero desde Platón, Heráclito es el nuevo impulso griego que interviene poderosamente en la trayectoria de Hölderlin». «Y tras Platón y Heráclito —afirma finalmente—, Homero y Sófocles son el último peldaño de la esca-